

Guía Inglesa

por Cristián Huneeus

CRISTIAN HUNNEUS, nació en 1937 y pertenece a la nueva generación de escritores chilenos. Ha publicado "Cuentos de cámara" y la novela "Las dos casas de Juan" (Pacífico, 1962). Miembro del Primer Taller de Escritores de la Universidad de Concepción, licenciado en Literatura General por la Universidad de Chile, sus relatos y artículos críticos han aparecido en antologías y revistas de Chile y Europa. Perfeccionó sus estudios en la Universidad de Cambridge, donde residió algunos años. Actualmente es profesor del Instituto de Humanismo de la Escuela de Ingeniería, Universidad de Chile.

1. En el terminal de la BOAC nos esperaba un representante del British Council, para llevarnos al hotel donde pasaríamos un par de días antes de tomar el tren y seguir viaje a Hull (el sólo sonido de la palabra ya me era ingrato: hull: cáscara, corteza, casco, ¿qué encerraba?; null: rumiar, cavilar, afanarse mucho sin resultado; dull: opaco, aburrido; hell: infierno; help: socorro). El representante no aparecía. Lo imaginábamos vestido de gris y camisa a rayitas, tal vez algo tartamudo, el original de los distinguidos representantes del Consejo que conocíamos en Chile. Habíamos subido por una limpia escalera arqueada desde el subterráneo en que nos depositara el bus del aeropuerto hasta una sala de espera vaciada inexplicablemente, en menos de un instante, de los pasajeros de nuestro avión. Terminal aéreo desierto, a su imagen extraña se superponía la de Cerrillos una transparente mañana de comienzos de primavera hacia unas remotas treinta horas: padres y hermanas y parientes y amigos, todos llenos de excitación. Un tío receloso de las líneas aéreas, que sacudía las rodillas y flectaba un poco las piernas, como chiquillo chico a punto de correr al baño, una hermana que aprovechó la relajada vigilancia palerona para fumar en público por primera vez; aquel tío venido a menos y aún reminisciente de viejos señorios, que sólo comparecía en ocasiones señaladas, fundamentalmente en las defunciones, nos honró con su presencia, con abrazos de tufo sospechoso, y con una rosa blanca a mi mujer; aquella prima tercera de mi suegra, arrepentida de haber ocasionado un entramiento de las relaciones, se strivó hábilmente de las circunstancias —nos traía unas direcciones estupefactas, donde encontraríamos las mejores bufandas escocesas—. Mucha gente parecía salir de largo viaje ese día, y gente toda sin duda de enorme importancia (familiar), porque nuestra comitiva no era la única nutrida. A medida que se acercaba el fatal momento, empezaron a bajarle a mi madre unos bruscos ataques de romadizo, que ella superaba a trompetazos de pañuelo, y luego sonreía candorosamente como quien trae un toro furioso por las espaldas y en nombre de las apariencias hace como que no se da cuenta. Mi padre me abrazó emocionado, pero severo como quien encomienda una misión de suma gravedad. Fue algo así como cuando en las películas un señor encarga a un jinete la conducción de un documento de cuyo arribo seguro depende la salvación del reino, y al hacerlo, más que un pergamino enrollado, entrega la integridad de su confianza. Dichoso con la inminencia del viaje —ya cruzábamos la puerta de vidrio y descendíamos hacia el avión por la plataforma alfombrada, ya cambiábamos sonrisas con los pilotos portafolleo bajo el brazo, con las hostesses, cartera colgando del hombro, que avanzaban también hacia el avión— ¡demasiado dichoso, no respondí a ese llamado paterno a la responsabilidad. Ante la vista de la enorme máquina tuve en cambio un pensamiento placido para el perdido teniente Bello. Puede que mi indiferencia haya introducido cierta secreta melancolía en el ánimo de mi padre, a

quien ahora vela, desde la ventanilla, agitando su sombrero café a lo largo de su largo brazo. No, melancolía, en absoluto. El brazo aquel, con un sombrero en la punta, se movía lleno de ímpetu. Se van los niños; se van, quien como ellos, se van, cuando volverán, El avión viró; los viajeros, que habían parecido ser tantos en ese hall de los Cerrillos —en ese hall de fachada pensosamente nostálgica de pasados precolombinos— se veían escasos dentro de la larga cabina semivacia. Era pocos los mortales que se aventuraban a llegar hasta el fin de la tierra o a dejarlo. Nos cambiamos de asiento para la despedida final, y agitamos, como el resto de los pasajeros, cabeza con cabeza contra las ventanillas, toda clase de objetos visibles. Veíamos ahora dos brazos varoniles, los de ambos padres, y más brazos varoniles, los de los tíos, y brazos femeninos, y de brazos adolescentes y hasta bracitos de niños en brazos, agitando pañuelos. Parecía una cuera de naufragos en la isla de la azotea de Cerrillos. Después surgieron unas nubes y las remontamos entre los picachos negros de la cordillera y asomamos bajo un sol resplandeciente y fue como si nos detuviéramos en medio del cielo, fumando cigarrillos ingleses con monárquicas etiquetas.

Ahora estábamos sentados en un sofá de cuero sintético entre un par de paraguas, el celeste y el negro, un par de raquetas de tenis, maletines y bultos de mano, cargo empollando, atezados, nuestras pertenencias. Fumábamos cigarrillos con etiquetas monárquicas y era el comienzo del globo. La partida, el viaje —un Buenos Aires empaquetado, un monótono Montevideo, un Río de Janeiro húmedamente zofocante, unos maletines mulatos tendidos en el frescor de las baldosas del puerto aéreo de Recife, abstraídos en el espectáculo de los dedos gordos de sus pieles, ramblones benévolo cruzando la noche de ojos rojos de Dakar, Madrid en una mesa seca, (un botones que introducía mis pesetas cambiadas a la carrera en un telé-

fono equivocado y yo, iracundo, quedándome sin hablar con mis amigos: Si, estamos en Madrid, vamos a Inglaterra, al hombre, a Inglaterra, ¿te das cuenta? Ya vendremos a verte o ven a vernos tú. Si, estaremos allá dos o cuatro o mil años, ¿cómo? no sabemos; pero vamos a quedarnos, el Canal de la Mancha, dibujando el perfil de la isla como en una fotografía, el cuadrículado desconcertante de los suburbios de Londres: casitas de ladrillo, pedacitos de jardín, copas de arbolitos verdes— el viaje violentamente rápido y la llegada, tan ansiados, tan intensa e inmensamente imaginados, tendrían que esperar para que comprendiéramos como nos imprimían su efecto; íbamos aún en el vilo de nuestras imaginaciones, demasiado más allá de lo que realmente estábamos viviendo. Nos decíamos en voz alta: Estamos aquí ¿Será verdad? Es más o menos evidente que no estamos allí ¿pero estaremos aquí? ¿o no? Nada nos resultaba claro, es cierto, pero habíamos puesto pie, clavado lanza, en el escuadrado sueño de Europa y nos penetraba la emoción del triunfo.

Estábamos fuera, libres, ansiosos de explorar nuestra libertad, pero ingratos ante lo desconocido, aguardando a un representante de quien esperábamos un cierto hilo de continuidad.

En uno de los altos muros del hall, que a ratos se llenaba y a ratos se vaciaba de gente, había un ventanal abierto a un cielo claro y al follaje dorado de los London planes; los plátanos orientales del mundo entero. En otro, un reloj de largas manos metálicas, cuyo minutero se saltaba en silencio. Unas señoritas rubias conversaban en voz baja detrás de un mesón. Un hindú de labios morados y traje obscuro bebía café (de un vaso de papel de parafina) en la cafetería, atendida por un hindú de labios morados y de lantia blanca. Quise acercarme a las señoritas rubias para preguntarles por el representante del Consejo Británico. Quizás estaban habituadas a verlo aparecer, desvanecido y gentil, en busca de los estudiantos becados que por aquella época



del año llegaban en cantidades industriales del tercer mundo y muy particularmente de su parte británica. Me sentía, es verdad, muy pequeño. Y mi mujer, que no se enorgullecía de verme así, y menos siendo yo tan alto, me tiró de la chaqueta en cuanto me paré.

Sentado otra vez, vi acercarse a un personaje que nos era conocido. Había subido a nuestro avión en Dakar y nos revisaron juntos en la Aduana —una tranquila aduana, no excesivamente inquisitiva, en una construcción prefabricada, del periodo en que las acostaban en el suelo para hacerlas menos obvias a las bombas alemanas, totalmente carente de la dignidad oficial que uno esperaría del aeropuerto de Londres, como que era, se gún descubrimos al entrar un tiempo después a Inglaterra desde Francia, una especie de puerta de servicio destinada, tal vez provisoriamente, al ingreso de ariones provenientes de Sudamérica y otros territorios misceláneos y exóticos—. Nos reconocimos como becarios del Consejo Británico. Lamin Marenah, que así se llamaba (y no necesito consultar mis apuntes de aquellos días ya que su nom-

bre se me grabó como el de la primera persona, al oírlo a los funcionarios aduaneros, con quien cambiamos palabra en Tierra Inglesa) era de Sierra Leona y estudiaba en Newcastle, donde ya tenía a su mujer y sus niños. Intercambiamos nombres y direcciones: Newcastle y Hull, desde la distancia enorme que habíamos recorrido en tan pocas horas, nos parecían vecinos y no dudamos mi mujer y yo de que habríamos de visitarnos más de una vez con ese Lamin Marenah al que no volvimos a ver jamás. Era afable y sonriente; también bondadoso; como antiguo residente (volvía de su país, donde había pasado el verano), ha de haber sabido lo que costaba en tiempo y libras esterlinas ir de Hull a Newcastle y ha de haber sabido que amistades improvisadas en salas de espera para vez se continúan excepto en el deseo breve del aprendiz ingenuo que aún no sabe hacia dónde dar de vuelta y, sin embargo, se sometió de buen humor al intercambio de direcciones.

Mientras conversábamos (Hull huele a pescado, nos dijo), apareció el representante.